



La vivencia del mundo y lo pre-teorético en el *Kriegsnotsemester* del joven Heidegger

Arístides Groisman*

El seminario impartido por Martín Heidegger en la Universidad de Friburgo, titulado *La idea de la filosofía y el problema de la concepción del mundo*, señala un momento crucial en el desarrollo de su pensamiento filosófico. Este seminario se llevó a cabo durante el periodo inmediato al fin de la Primera Guerra Mundial, entre el 25 de febrero y el 16 de abril de 1919, y fue el primero de una serie de seminarios que el joven Heidegger dictó como docente durante su primera etapa en Friburgo (1919/1923). El manuscrito fue hallado accidentalmente muchos años después entre los libros del propio Heidegger y publicado en el volumen 56/57 de sus *Obras completas*.

En este seminario, el signo de la filosofía y su relación con la concepción del mundo se presentan como el trasfondo sobre el que Heidegger aborda elementos centrales del llamado 'giro hermenéutico'. Este giro no consiste en profundizar un pensamiento determinado o en justificar alguna teoría previamente elaborada; en cambio, confrontando las críticas de pensadores neokantianos como las de su maestro Rickert y Natorp a la fenomenología trascendental de Husserl, Heidegger parece encontrar la ocasión de iniciar una fenomenología hermenéutica propia, fundamentada en las nociones de vivencia, interpretación, intención y comprensión. Desde sus primeras concepciones, la fenomenología mostró su aspiración a la aprehensión de las experiencias de la conciencia tal cual estas se presentan, evitando toda hipótesis metafísica o teoría preconcebida. Es en este contexto fenomenológico que Heidegger comienza a esbozar un tipo de filosofía de la vivencia, una filosofía que encuentra su punto de partida en la dimensión preteorética como ruptura con la tradición filosófica anclada en la teoría.

Desentrañar la significación de lo preteorético en el contexto del seminario de 1919 puede servir, por un lado, a comprender cómo el pensamiento de Heidegger se enraíza en la experiencia de lo concreto, de lo

* Universidad Nacional de Córdoba / mauricio.groisman@unc.edu.ar

experimentado no mediado; por otro, a subrayar los términos en que Heidegger desafía la primacía de la lógica y la teoría sobre el pensamiento filosófico. Así mismo, la dimensión preteorética obliga a delimitar comprensivamente el significado de *Erlebnis*; esto es, a indagar acerca de la experiencia vivencial frente a la conceptualización teórica. A partir de esta demarcación, será más sencillo entender la filosofía concebida por Heidegger como una filosofía que intima con la vida cotidiana, en oposición a una filosofía concebida a partir de la coherencia lógica y predominantemente teórica. Si la ocasión del *Erlebnis* precede a la teoría, entonces la filosofía de ningún modo puede ser filosofía contemplativa de lo experiencial. Hay, en todo caso, un involucramiento vivencial del ser en el mundo, previo a toda conceptualización.

El objetivo de este texto, como se afirmó en un comienzo, es aportar a la comprensión de cómo Heidegger, en su seminario de 1919, considera lo preteorético como la piedra de toque de su fenomenología hermenéutica. Alejándose de elucubraciones abstractas, Heidegger bucea en las posibilidades de lo concreto y en su ofrecimiento previo a cualquier aprehensión conceptual. Así, lo preteorético resulta nodal para comprender el modo en que Heidegger aborda los diversos modos en que se da la vivencia, la donación y lo intencional, conceptos centrales en sus seminarios de juventud. De este modo, quizá resulte más comprensible la manera en que Heidegger valora el pensamiento filosófico, entendiéndolo más como una experiencia filosófica que como un ser filósofo. Nuevamente, el punto de partida no es la especulación conceptual sobre lo dado, sino la inmersión en la experiencia de un mundo siempre en reconfiguración.

Ya en las consideraciones preliminares del *Kriegsnotsemester* se advierte al lector respecto a una dificultad inicial con la que tropieza la ciencia filosófica: la necesidad de un nuevo método, es decir, la necesidad de “(...) una posición metodológica realmente genuina (...)” (Heidegger, 2005, p. 3). ¿Qué quiere significar aquí “genuino”? Se refiere a la necesidad, por la propia naturaleza del problema, de “dar un paso más allá de nosotros mismos”; se trata de una transformación radical, una “desconexión” (p. 3). Esta desconexión (*Ausschaltung*), comenta Petrella, es un término clave utilizado por Husserl en el parágrafo 31 de *Ideas para una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*, que “(...) refiere a la interrupción o desconexión de la actitud ingenua de la conciencia” (Petrella, 2023, p. 273). Por consiguiente, sigue Petrella (2023), para Husserl la *Ausschaltung*, es

“un acto de *epoché* fenomenológica” respecto a la idea general de la actitud natural. No se trata de una pérdida del mundo tal cual se experimenta a diario ni de concebir los objetos en un sentido absoluto, sino de encontrar las cosas en una donación con sentido abierto y contingente (pp. 273-274).

La actitud natural señala un tipo de enfoque centrado en lo cotidiano y no reflexivo con el que las personas interactúan con el mundo. Lo que se encuentra en el mundo es accesible de manera directa, sin reflexión alguna que anteceda. Se trata de una perspectiva donde los objetos, las relaciones y las experiencias son comprendidos como hechos objetivos, dados en condiciones específicas determinantes. Husserl sostiene que esta “actitud natural”, esta mirada ingenua, oculta las estructuras y actos de conciencia que constituyen el sentido de las cosas. Por ello, en su fenomenología propone un cambio a la “actitud fenomenológica” mediante la “reducción eidética” o “reducción fenomenológica”, un proceso en el que se suspenden las creencias y suposiciones cotidianas sobre el mundo para examinar cómo las experiencias y los objetos se constituyen en la conciencia. Esta transformación de la perspectiva busca descubrir las esencias puras y los fundamentos de la experiencia. Es decir, en Husserl, no hay una intención de negar el mundo en los términos en que este se experimenta, sino una búsqueda de apertura a la posibilidad de concebir un mundo de manera diferente, como una modalidad de sentido contingente y relativa a la conciencia fenomenológica. En pocas palabras, consiste en ver a través de la apariencia de las cosas; algo que podría considerarse como un “ver radicalizado”.

La *Ausschaltung* abre la conciencia hacia la aprehensión adecuada de los fenómenos y sus relaciones. Al desconectar la conciencia de la “actitud natural” - actitud que, como acto de la conciencia, no ha sido investigada en términos de su complejidad o falta de reflexión (Petrella, 2023, p. 274) - se habilita la posibilidad de una experiencia genuina del mundo y de las relaciones establecidas en él. Entonces, no es una actitud meramente contemplativa, sino una crítica e indagación de la experiencia y de las propias circunstancias que la sostienen. Estas ideas forman parte de la influencia fundamental que Husserl y su fenomenología trascendental ejercieron sobre el pensamiento del joven Heidegger y que se percibe con claridad en el seminario de 1919.

En la resignificación de Heidegger, la *Ausschaltung* es un “ir más allá de uno mismo”, i.e., concebir el mundo en una posible modalidad de sentido. Por lo tanto, es la vida concreta lo que debe ser indagada. La vida, la experiencia fáctica, es el objeto a desentrañar bajo el imperativo del método fenomenológico. Para Heidegger, no es el pensamiento teórico el que permite arribar a las ciudadelas de la vida fáctica. Su concepción de una fenomenología hermenéutica como ciencia originaria está prendida de lo preteórico. Ya no es un “ver”, sino un hundimiento en la vida, en la vida tal cual se ofrece. Así, Heidegger realiza en estas lecciones de posguerra dos tipos de aproximación al elemento fundante preteórico de la vivencia (*Erleben*). Estos tipos de vivencias se presentan en la segunda parte del libro, bajo el título “Fenomenología como ciencia preteórica originaria”. La primera aproximación puede denominarse “vivencia interrogativa” y la segunda, “vivencia de algo” (el ejemplo de la cátedra). Por esta doble vía, Heidegger ensaya dos modos distintos de sopesar la experiencia concreta o vivencia fáctica.

Heidegger afirma que en la misma acción de preguntar si hay algo (*es gibt*), ese algo ya está sucediendo. En esta perspectiva, la pregunta resulta vivida: alguien está viviendo un algo, aunque sea de manera interrogativa. Es decir, alguien está sumido en la vivencia de preguntar sobre la existencia de algo. “Procesos psíquicos como las sensaciones, las percepciones o los recuerdos sólo se explican como procesos cognitivos cuando se dan en un sujeto psíquico que conoce” (Heidegger, 2005, p. 78). Preguntar si *hay algo* implica la vivencia subjetiva de la propia interrogación. Así mismo, esta vivencia interrogativa ya es un acto de interacción con el mundo, de ningún modo un mero cavilar abstracto sobre él. Interrogarse sobre algo exige una determinada inclinación, un asomarse hacia, un ponerse en cierta disposición de apertura. Así, la afirmación de Heidegger sobre la vivencia interrogativa parece apuntar a una clara complejidad experiencial, incluso allí donde parece tratarse de una simple pregunta por un *hay*.

Por otro lado, la pregunta *hay algo*, en su carácter fuertemente general, le permite a Heidegger, en una primera instancia, desconectar la pregunta de cualquier hecho específico. En lugar de tratar la vivencia como un acontecimiento objetivo reflexionado, la considera como un originario “orientarse hacia” algo. De este modo, la vivencia interrogativa se conmueve en un tipo de apropiación. Así, en este punto, la experiencia interrogativa no puede ser reducida a un objeto o a la pregunta por un objeto, sino que

debe ser situada en una vivencia general capaz de ser cifrada en la experiencia particular de la pregunta. “(...) el carácter no cósmico de la vivencia y de cada vivencia en general se puede comprender plena e intuitivamente a partir de esta vivencia particular de la pregunta” (Heidegger, 2005, p. 85). La vivencia se ve así liberada de cualquier objetivación, subrayándose su inclinación hacia el mundo y su específica conexión con su significado y comprensión. Hay entonces, una invitación a detenerse en la experiencia humana en general como apropiación del mundo y su significado, en lugar de un simple ejercicio cognitivo. Es un “vivir dirigiéndose hacia algo”, pero sin que ese dirigirse hacia algo esté anclado en un yo. Por el contrario, hay algo que “se da” para un Yo, pero no un Yo que cosifica, que objetiva ese algo. Se trata de una vivencia entendida como apropiación, un dejarse imbuir por algo significativo en sí mismo (Heidegger, 2005, p. 84). Este concepto puede comprenderse mejor al distanciarlo de la noción unilateral comúnmente asociada a la apropiación como adueñarse de algo ajeno, apoderarse de algo externo, detentar. Apropiarse significa también asumir, adecuarse, impregnarse de algo o a algo. Entonces, “La vivencia no es una cosa que exista en bruto, que empiece y acabe como un proceso que desfila delante de nosotros” (Heidegger, 2005, p. 84).

Así, la vivencia interrogativa permite aproximarse a algo inherentemente significativo y primordial de la experiencia. Es decir, algo arraigado en la estructura misma de la realidad experiencial, más allá de cualquier contexto o interpretación subjetiva. Aunque hay diversas maneras de decir *hay*, cada una en sentido peculiar, todas refieren a un mismo momento significativo (Heidegger, 2005, p. 82). Esto lleva a reconocer la importancia de la existencia y la percepción, allende de especulaciones conceptuales e interpretaciones subjetivas. El momento de la vivencia interrogativa ensaya una aproximación a lo esencial y primordial de la existencia en toda su profusa significación.

En el parágrafo sobre la vivencia del mundo circundante, denominada antes como “la vivencia de algo”, Heidegger ensaya otra aproximación a la vivencia desde la perspectiva del ambiente inmediato. Aquí, la vivencia en general, ahora insertada en el mundo circundante, es lo que realiza Heidegger con el ejemplo de la cátedra ofrecido a sus estudiantes. Este espacio compartido en el aula se configura y presenta con intención. La cátedra en el aula no es, subraya Heidegger, algo que se ofrece en la vivencia como un conjunto de propiedades adicionales. No se percibe primero figuras

marrones, luego superficies entrecortadas, más adelante algo semejante a una caja, posteriormente una cátedra y finalmente la cátedra del docente. “Yo veo la cátedra de golpe” (Heidegger, 2005, p. 86). Se trata de una experiencia unitaria e intencionada. La cátedra es un todo significativo y contextualizado; no es necesario entrar en un examen pormenorizado de sus componentes y cualidades para comprenderla como tal. Es reconocida instantáneamente como el lugar desde el cual el profesor da o dará su clase. Un libro tampoco se presenta como un conjunto de hojas cosidas con tapas duras y manchadas de tinta con formas de letras, separadas por espacios en blanco. No, es un libro sobre el pupitre que puede resultar molesto o enigmático para quien lo percibe. En esta vivencia del mundo circundante los objetos se dan en una “orientación, en una iluminación, en un trasfondo” (Heidegger, 2005, p.86).

Si, como continúa ejemplificando Heidegger, la cátedra es experimentada por un labriego senegalés que, por determinaciones históricas y sociales, nunca en su vida se ha topado con un aula universitaria, el objeto pupitre puede ser significativo en otro sentido de aquel supuesto con anterioridad; el significado de la cátedra, ahora en la vivencia del hombre de Senegal, podría ser el de un escudo para protegerse de las flechas o simplemente, no significar nada; ser algo con lo que uno no sabe bien qué hacer. Sin embargo, de lo que no se puede despojar el objeto es de algún tipo de significatividad, de intencionalidad en su contexto. Al igual que en la vivencia interrogativa, *hay algo*; puede tener múltiples sentidos según el caso, pero siempre refiere a un momento significativo (Heidegger, 2005, p. 82).

En la fenomenología heideggeriana, al menos en su versión temprana, tanto la vivencia interrogativa como la del mundo circundante ofrecen caminos distintos hacia una comprensión de la experiencia humana, en la cual el sujeto y el objeto de percepción se entrelazan. La vivencia interrogativa invita a una apertura hacia la posibilidad de que haya algo, permitiendo un tipo de experiencia que no requiere del objeto inmediato, sino de una disposición hacia la pregunta misma. Por otro lado, la vivencia circundante revela el mundo en su significatividad íntima, en un acto donde los objetos se presentan al Yo de manera total y sin fragmentación. Tanto en la vivencia interrogativa, como en la del mundo circundante, pareciera poder detectarse un recorrido que va de la unidad (¿hay algo?, el objeto cátedra) a la multiplicidad, para luego regresar al momento origi-

nario de la vivencia, pero ahora comprendida como vivencia significativa. ¿Hay algo? Pues sí, asegura Heidegger: hay submarinos, cuadros de Rembrandt, cátedras. Todo puede retrotraerse a un “hay”. De igual manera, la cátedra es un objeto que siempre está significando algo: puede ser el sitio desde donde el profesor dará su clase o un escudo o algo con lo que no se sepa bien qué hacer, pero siempre está allí, significando. Así, el momento de la unidad originaria de la vivencia queda evidenciado.

Lo significativo, entonces, es lo primero que se da “de golpe”, de manera inmediata, es decir, sin mediación, sin previa intelección. La experiencia en el mundo circundante se despliega rodeada de objetos mundanos cargados de significado; todo “mundeá” (*weltet*), y la significatividad de todo aquello que mundeá se revela de manera instantánea. Por ejemplo, una larga caminata por el parque en un día extremadamente soleado puede prescindir de cada detalle, de cada árbol o banco de madera que se encuentren en el camino. La sombra del árbol es reconfortante, el banco, un sitio propicio para el descanso. Nada de esto exige un proceso analítico que desentrañe el significado inherente que, en una caminata bajo el sol abrasador, adquieren la sombra del árbol o el banco de madera. Lo significativo se presenta directamente en la interacción con el mundo circundante. El significado se revela de manera espontánea en la vivencia fáctica. Así mismo, la existencia de las entidades en el mundo, en esta perspectiva hermenéutica, no puede divorciarse de un contexto abarcador o realidad subyacente. El árbol se encuentra en un bosque o en el camino de un parque significando, lo que no niega que el objeto en su ambiente esté conectado a algo premundano, algo que trasciende la percepción inmediata al estar en relación con procesos más allá de la captación instantánea.

Como afirma Petrella (2023):

El auténtico correlato de la experiencia del mundo-ambiente, de lo que se hace mundo, es la dimensión preteórica del *Erlebnis*, y no su lado teórico. El hacerse mundo acontece sólo en la medida en que ‘yo’ estoy de alguna manera presente enteramente (*bin“ich” irgendwie ganz dabei*). (p. 285)

La experiencia en el mundo ambiente se desarrolla en la dimensión preteórica, no en sus aspectos teóricos. Es el enraizamiento pleno del individuo en la experiencia, más allá de toda reflexión o teorización, lo que acaba por darle significado y forma al mundo.

Siguiendo la argumentación de Heidegger en el seminario, se llega a la estructura de la vivencia. En la vivencia de algo “(...) mi yo sale completamente de sí mismo y sintoniza con este ‘ver’ (...)” (Heidegger, 2005, p. 88). De este modo, se experimenta lo circundante, es decir, algo munda. Sin embargo, en la vivencia interrogativa el darse no munda, sino que se interroga (Heidegger, 2005, p. 89). El individuo experimenta una sintonía completa con lo vivido en el mundo circundante; allí el Yo trasciende su propia individualidad al fundirse con la experiencia, y entonces, lo circundante munda. Hay como una fusión entre el sujeto y el objeto de su percepción en el mundear. Por el contrario, en la vivencia interrogativa la sintonía con el mundo resulta pasiva. No inmersión profunda experimental. El mundo no se manifiesta directamente, a pesar de que efectivamente esté invitando a una vivencia.

En la vivencia del mundo circundante hay un Yo que determina. “Esta es la sombra de un árbol que viene a cubrirme del sol abrasador y no una mancha extraña sobre el césped”. Cuando el mundear se suspende, entonces el Yo ya no determina. El objeto no munda y por lo tanto no afecta, ni se apropia. “La vivencia de la determinación es sólo una forma rudimentaria de la experiencia vivida; es una experiencia des-vivificadora (*Entleben*)”. Lo objetivo se encuentra así desgajado de la experiencia, se da como proceso. Como algo que sucede frente al Yo cognoscente. Así, el comportamiento de las cosas se da sólo en el conocimiento, en el comportamiento teórico y en el yo teórico. “En el comportamiento teórico me dirijo hacia algo, pero yo no vivo (en cuanto yo histórico) en contacto con este o aquel objeto mundano” (Heidegger, 2005, p.89). En otras palabras, cuando una experiencia queda despojada de su palpar, se convierte en un proceso objetivo, imponiéndose una distancia que se justifica como necesaria para la comprensión precisa y matematizada; hay un desapego del mundo en esta actitud teórica que contrasta con la vivencia del mundo circundante, tal como ha sido concebida por Heidegger. En la vivencia del mundo circundante existe una conexión íntima y activa entre el sujeto y los objetos. Lo significativo se ofrece mundeando en el tiempo de lo inmediato, sin imponerse externamente como lo haría un sujeto cognoscente que trata la vivencia como con un despojo, como un mero correlato, ahora sí por fin ordenado. Para Heidegger, la vivencia es, por lo tanto, un fenómeno de apropiación que se configura a partir de lo que ella misma es.

Heidegger añade que, si “se suprime el verdadero sentido de lo circundante (a saber, su carácter significativo)” lo dado se convierte en una simple cosa carente de sentido y con meras cualidades cóscicas (Heidegger, 2005, p. 107). “Esto es un árbol de veinte metros de altura”, “aquello otro un banco construido con madera traída del Amazonas”. En esta actitud, ni el placer causado por el cobijo de la sombra, ni el descanso al sentarse uno sobre el banco dejan siquiera un rastro. La realidad, en esta perspectiva, se convierte en un realidad cóscica, teorética y lo importante, lo significativo, queda des-significado (Heidegger, 2005, p. 108). En cambio, el resultado difiere en mucho si se considera el problema invirtiendo la secuencia y se comprende lo teorético como un desenlace posible y no excluyente de la vivencia del mundo circundante. Los actos fundados no vienen a poner orden en el caos de lo sensible, “(...) sino operan una puesta en forma categorial en los datos perceptivos, ya que estos presentan implícitamente un orden que los actos fundados intelectuales explicitan o ‘despliegan’” (Petrrella, 2023, p. 284). Lo significativo no proviene de lo teorético, sino que lo teorético es una ampliación, un reverberar de lo significativo primordial de la vivencia. Lo teorético, en lo privado de vida, tiene un carácter derivado de la experiencia reveladora (Heidegger, 2005, p. 116).

Es importante agregar, en relación con el carácter peculiar de la vivencia en el sentido heideggeriano, su carácter fluyente. El *erleben* se encuentra en el ritmo de la vida y su experiencia implica este modo rítmico de la existencia. Está anclado en el presente, aunque abierto al futuro; la vivencia no es lo vivido (pasado) que es concebido en el conocimiento (Heidegger, 2005, p. 119). A diferencia del conocimiento de lo vivido tendiente a conceptualizar, a la apropiación en el sentido preciso de acumulación, la vivencia experimentada “de golpe”, de manera directa y continua, se apropia en la negación de la separación entre sujeto y vida. La autenticidad de la vivencia incluye este carácter fluyente y rítmico de la intimidad de lo circundante. La experiencia de la vivencia, entonces, se da: a) de manera inmediata, b) unificada y c) significativa. Es inmediata, en tanto se da “de golpe”, sin construcción ni ordenamiento temporalmente sucesivo de lo experimentado. Es unificada, pues tampoco se ofrece en un proceso de adición cognoscitiva, sino en la composición total de elementos en relación y es significativa porque indefectiblemente está significando algo, aunque ese algo sea la perplejidad de no saber qué significa exactamente.

En el párrafo veinte del seminario, Heidegger introduce “el principio de los principios” formulado previamente por Husserl. Para este, según Heidegger, se debe aceptar simplemente tal como se presenta todo lo que se manifiesta de forma original en la intuición (Heidegger, 2005, p. 132). Sin embargo, de acuerdo a lo señalado por Petrella (2023), Heidegger hace un uso diferente de este principio. Para Husserl “el principio de los principios” se justifica en el beneficio que podrían brindarle las intuiciones a las ciencias eidéticas o naturales, mientras que para Heidegger su importancia reside en la posibilidad que ofrece para penetrar en el espacio de la vivencia. Por lo tanto, la intuición es considerada en relación a una ‘actitud originaria’ que se corresponda a la ‘intención originaria’ de la experiencia (p. 287). Esto significa que la intuición no está simplemente puesta al servicio de fines científicos, sino que es considerada como un puente tendido hacia la experiencia en su totalidad y autenticidad primordial.

Si se asume, continua Heidegger, que lo circundante es algo, que todo lo mundano es en definitiva algo, lo que puede ser vivido es un posible “algo”. “El sentido de ‘algo’ remite justamente a ‘lo vivenciable en general’”. Aquí, lo general del “algo” no se refiere a la privación de vida en la esfera teórica, sino a la potencialidad misma de la vida. No es una generalidad teórica —producto de la abstracción de lo concreto o contingente— sino un general originario de la vivencia, que se apropia de algo significativo en sí mismo. “Se trata del ‘todavía no’, es decir, de lo que aún no ha irrumpido en una vida genuina”. Para Heidegger, esto constituye lo esencialmente premundano. Hay, por tanto, un sentido y una trayectoria de lo vivenciable, un “tender hacia” (Heidegger, 2005, p. 139). Este no es un concepto teórico, sino la posibilidad de alcanzar una vivencia genuina. Sin embargo, Heidegger aclara que esta vivencia genuina no puede surgir en un mundo cerrado a experiencias con “alta intensidad vital” (Heidegger, 2005, p. 140). Si lo premundano es una potencialidad inherente a la vida humana, ese “todavía no” se configura como una tendencia hacia la vida genuina, una apertura a nuevas experiencias que, en ningún caso, están garantizadas; el mundo puede aparecer desvitalizado y empobrecido en sus posibilidades de apertura a nuevos acontecimientos.

Una vida social de aspiraciones empobrecidas y unidimensionales, un contexto social alienado, donde las fuerzas desplegadas por la propia acción de las personas se autonomizan, conformándose en una totalidad que

ejerce un fuerte constreñimiento, tanto sobre la dimensión objetiva como sobre la esfera subjetiva de esas mismas personas, sugiere horizontes posibles menesterosos, en tanto no se altere el ordenamiento del entorno. Sin embargo, este aspecto sumamente importante en clave de una filosofía política, rebasa en mucho los objetivos del este artículo.

Llegando al final de su argumento, Heidegger establece que lo formalmente objetivo, visto desde la perspectiva de lo premundano, deja de ser una objetivación teorética, un mero retro-concepto (*Rück-griff*), sino también un *Be griff*, i.e., un comprender inmediato. Se trata de una “(...) transformación radical del comportamiento que comprende la vida” (Heidegger, 2005, p. 140). La distinción entre lo premundano de la vida en sí y lo teorético objetivante. Lo primero pertenece a la esfera de la vida, lo segundo a la privación de vida. La experiencia, al apropiarse de lo experimentado, es comprensión intuitiva, interpretación hermenéutica; una formación fenomenológica original que retrocede mediante retroconceptos y se anticipa a partir de preconceptos, sin intervención de lo teorético-objetivante ni lo trascendente (Heidegger, 2005, pp. 141-142).

Lo teorético es ahora entendido como procediendo de la vivencia, de la esfera de lo preteorético, de la vida en sí misma. La filosofía encuentra su punto de partida no en una teoría del conocimiento, ni en una teoría de la teoría, ni en una adhesión a los hechos empíricos limitada al trabajo descriptivo, sino en prolongar las palpitaciones de la vida misma. La fenomenología hermenéutica se revela como ciencia originaria, una ciencia preteorética. Una ciencia teorética supone una teoría surgiendo de la teoría. La fenomenología hermenéutica, como ciencia originaria “(...) está constituida de tal manera que no sólo no necesita hacer ninguna presuposición, sino que ni siquiera puede hacerla porque no es teoría” (Heidegger, 2005, p. 117). La vivencia apropiándose de lo experimentado, de su sentido, es este el movimiento de la fenomenología hermenéutica. Por lo tanto, en este horizonte, todo conocimiento sincero surge de la vivencia preteorética en la cual queda por fuera todo pensamiento teorético objetivante. En el residuo del erudito dato objetivo ya no hay rastros de la vivencia ni del mundo. Finalmente, el joven Heidegger apunta en el *Kriegsnotsemester* a la necesidad de dar un salto sobre el abismo que separa “la nada de la objetividad absoluta” del “mundo en cuanto tal” (Heidegger, 2005, p. 77). Ese mundo es el de la vida interpretándose a sí misma; la filosofía procedente del vivir.

Bibliografía

Heidegger, Martin. (2005). *La idea de la filosofía y el problema de la concepción del mundo*. Herder.

Petrella, Daniele. (2023) “En las raíces de la fenomenología hermenéutica. Heidegger lector de Husserl en el *Kriegsnotsemester* de 1919”, en *Studia Heideggeriana*, Vol. XII, 2023.